

—¿Y para qué te ha hecho conocer Pietro Mastta la historia de mi familia?

—Porque la historia de tu familia es la historia de la mía.

—¿Cómo! ¿Qué hay de comun entre mi familia y la tuya?

—Mi madre se llamaba María Zinca Karuk.

—¿Tú te llamas Manuel Karuk! dijo profundamente Elena.

—Sí.

—Entonces tú eres hermano mio.

—Tu hermano soy.

Manuel Karuk, que temblaba de emocion, habia dado un paso hácia Elena, que á pesar de la situacion estaba friamente tranquila, y le contuvo con un ademán.

—¿No sabias tú que tenias una hermana? dijo Elena con acento friamente interrogador.

—No, dijo Manuel Karuk que cada vez estaba más conmovido; yo lo ignoraba hasta hace ocho dias que fué á buscarme á Corfú Aben-Shariar y me entregó esos papeles; si lo hubiera sabido antes, antes hubiera venido á buscarte; pero tú sabias que tenias un hermano porque conoces estos papeles, y, sin embargo, no has buscado á tu hermano, no has procurado saber si vivia ó si habia muerto.

—Cuando yo conocí la historia de mi familia, hace diez años, ya estaba mi suerte decidida; en mi situacion un hermano hubiera sido para mí un peligro, no un apoyo; yo estoy sola en el mundo, y no quiero que nadie se crea con derecho á pedirme cuenta de mis acciones;

ahora mismo no sé si tengo en tí un amigo ó un enemigo, porque has entrado en mi casa valiéndote sin duda de un esbirro, lo que prueba que la República de Venecia te conoce. No sé por qué te envian, ni lo que quieres, ni á qué vienes.

—Si es un esbirro el que me ha abierto el camino hasta tí, yo no le conozco ni le tengo más que por un mendigo, para quien me ha dado una señal monseñor Pietro Mastta, como tú llamas á mi amigo, á mi compañero de combate Aben-Shariar. Me importa poco, por otra parte, que ese mendigo sea esbirro ó no, porque yo estoy protegido por la República de Venecia y considerado como su hijo adoptivo. En cuanto á lo de si tienes ó no que temer de mí, ya ves que yo, que nunca he temblado, tiemblo al hablarte; ya comprendes que te amo tanto como puede amar un hermano á su hermana.

Y adelantó de nuevo.

Por aquella vez Elena no le impidió que se acercase á ella, y Manuel Karuk la abrazó, la estrechó á su pecho y la besó con ternura en la frente.

Elena no se conmovió; pero besó á Karuk en la mejilla.

Elena no amaba á nadie, ni podia amar más que á César Malatesta, y aún así, de una manera violenta y terrible.

VII.

—Siéntate, dijo Elena á Manuel Karuk, separándole suavemente de sí y sentándose á su lado.

—Dime ahora con qué objeto vienes á verme, porque tú no has venido por conocerme solo, hermano.

—Por esto solo hubiera venido; pero vengo además á prestar un servicio á mi amigo Aben-Shariar.

—¿Se trata sin duda de ese á quien llaman el rey don Sebastian y de su esposa?

—Si, Elena, sí, dijo Manuel Karuk; segun me ha dicho Aben-Shariar, ese rey misterioso ha obtenido del Papa el divorcio que le separa absolutamente de su esposa y le permite casarse con Estéfana Barbarigo, de quien está enamorado.

—Bien, que se case, dijo Elena, cuyas megillas cubria una palidez de ódio; así César Malatesta perderá toda esperanza.

—Mejor la perdería, dijo sombríamente Manuel Karuk, si Estéfana muriera.

—¡Matarla! dijo con acento singular Elena, matarla seria mejor; muchas veces mis celos y mi cólera me han inspirado ese pensamiento; pero ese rey se la llevará de Venecia, la apartará de César Malatesta.

—Para los que aman, dijo lúgubrementemente Manuel Karuk, no hay distancia posible; César Malatesta buscaría un dia y la encontraría á Estéfana Barbarigo; mientras exista, no se puede esperar que Malatesta deje de buscar su amor, de dar ocasion á terribles sucesos; pero si entre los dos se pusiese la distancia de la eternidad, nada habria que temer; á los muertos se les olvida, Elena.

—Tú has venido á ser mi demonio tentador, hermano. ¡Y en qué dia, y en qué hora! dentro de poco habrán de celebrarse en este mismo palacio dos casamientos; el

uno el del rey de Portugal con Estéfana Barbarigo.

—¿Y el otro?

—¿No ves el traje que llevo, hermano?

—¡Ah, sí! es verdad; un traje de boda. ¿Pero estás segura de que esa boda llegará á hacerse?

—¿Y por qué no? Un cardenal romano espera en mi palacio para unir los destinos del rey de Portugal y de Estéfana; el de César Malatesta y el mio.

—Aben-Shariar me ha hablado largamente de este negocio; Aben-Shariar lo teme todo de César Malatesta. Amante cansado de tí que ha consentido en la apariencia en enlazarse contigo, obedeciendo un mandato de la República de quien, como yo, eres hija adoptiva; pero César Malatesta tiene empeñados su orgullo y su amor por otras dos mujeres; amó á Estéfana Barbarigo, le despreció ésta y la burló, y la aborrece y necesita humillarla; ha visto á la esposa del rey de Portugal y la amó, la ama con locura, y no perdonará medio de hacerla suya; en cuanto á tí, Elena, César Malatesta no se unirá contigo jamás; tanto más, cuanto que la República no extremaría con él su severidad por la sola razon de que se negase á ser tu esposo; además, estoy yo aquí y no te consentiré tal locura.

—¿Vendremos á parar al fin en que te convertirás en mi enemigo?

—No por cierto; tal vez á estas horas César Malatesta estará obrando de tal modo que hará imposible su union contigo.

—¿Sabes tú algo? exclamó con ánsia Elena.

—Solo sé lo que tú me has dicho; pero me basta con

saber que dentro de poco llegará la hora en que César Malatesta deba unirse á tí, y estoy seguro de que él hará todo lo posible por impedirlo.

—¿Y cómo?

—¿Quién sabe!

—El rey don Sebastian y Estéfana Barbarigo entrarán por la puerta principal solos y sin más compañía que algunos señores venecianos que serán testigos de la boda. Esta se efectuará en secreto. En cuanto á César Malatesta, entrará en el palacio por el postigo cuando hayan salido de él los futuros reyes de Portugal, y se unirá también conmigo en secreto sin ruido y sin ostentación, sirviendo de testigos mis criados.

—Giacomo Barbarigo no tardará en llamar á tu puerta con la voz de la República, dijo Manuel Karuk; con Giacomo Barbarigo vendrá alguien á quien hace mucho tiempo no ves: una persona á quien debes querer y respetar, á la que todo el mundo cree perdida.

—¿El padre Giuseppe acaso?

—Sí; pero ya no es el padre Giuseppe, el religioso benedictino, sino José Kaivar, el jefe tártaro de la tribu Kaivar.

—¿Y á qué viene ese hombre aquí? dijo estremeciéndose de los pies á la cabeza Elena.

—Le ha traído, como me trae á mí, el aviso de Aben-Shariar, de lo que iba á suceder en Venecia.

—Pues bien, suceda lo que quiera, dijo Elena con energía, se me presenta una nueva lucha, y la acepto. César Malatesta ha de ser mi esposo, ó ha de ser horrible lo que suceda.

VIII.

En aquel momento sonaron grandes golpes á la puerta, é inmediatamente despues de ellos, una voz robusta, acentuada é imperiosa que gritaba:

—¡San Márcos y Venecia! Abrid vuestra puerta á la inquisicion del Estado, so pena de traicion.

Al oír esto, Elena corrió á una ventana, abrió sus vidrieras de colores, y miró al pié del muro.

Lucian tres ó cuatro linternas, y á su luz se veian algunos hombres envueltos en ropones negros, y muchos soldados de la República con corazas y picas los unos, y arcabuces los otros.

—¿Es monseñor Giacomo Barbarigo el que llama á mi puerta? dijo Elena procurando aparecer tranquila por la seguridad de su voz, mientras su corazón latía violentamente; me parece haberos reconocido por la voz, monseñor.

—Quien llama á las puertas de vuestro palacio, Elena Conti, contestó una voz distinta, es la República: mandad que esas puertas se abran.

—La República vá á ser obedecida al momento, monseñor.

Elena se separó de la ventana, atravesó rápidamente la cámara, y salió de ella llamando á sus criados.

Manuel Karuk la seguía de cerca.

Un momento despues, las puertas del palacio se abrian y entraban tres hombres.

Los demás se quedaron fuera; pero algunos soldados ocuparon el vestibulo como constituyendo una guardia que no debía dejar entrar ni salir á nadie.

IX.

La República se presentaba de ceremonia á Elena, y esto la hizo temerle todo.

Dos de los hombres que habian entrado, llevaban birretes y ropones talaes rojos, con la diferencia de que el más anciano de ellos llevaba sobre los hombros una especie de estola dorada, y orlados de galon de oro los bordes del ropon, y el otro, el más jóven, no llevaba dorado alguno. El otro hombre vestia un birrete negro, una ancha dalmática negra tambien con una águila roja sobre el pecho, una espada corta, y unas botas altas de cuero leonado, y guantes de ámbar en las manos.

El anciano del ropon rojo con estola y galones dorados era monseñor Giacomo Barbarigo; el jóven con ropon liso el señor Rugiero Maffei, uno de los secretarios de Estado del Consejo, y el hombre del águila roja con ropon negro, ya le conocen nuestros lectores, era José Kaivar.

X.

Al ver Barbarigo á Manuel Karuk con su magnífico y abigarrado traje levantisco, dijo á Elena:

—¿Quién es ese hombre? ¿Qué hace aquí?

—Ese hombre, contestó Kaivar antes que pudiese responder Elena, es mi buen hijo, el jefe tártaro Manuel Karuk, gobernador de Corfú, que ha venido precediéndome y que se encuentra aquí cumpliendo lealmente con su encargo.

—Bien venido sea á Venecia el hijo adoptivo de la República, el bravo caudillo de la tribu Karuk, dijo Barbarigo adelantando y dando la mano al tártaro, que la estrechó con efusion.

—Es para mí una grande alegría y una grande honra, monseñor, contestó con respeto Manuel Karuk, al estrechar mi mano con la del ilustre héroe de Venecia.

—Abreviemos las cortesías, dijo modestamente Barbarigo, y tú, Elena, llévanos al lugar donde tienes aposentados al cardenal romano y al fraile portugués.

Elena, precedida por sus criados, que llevaban candelabros encendidos en las manos, se encaminó á la escalera principal, y subió por ella.

A su lado y á su derecha iba Giacomo Barbarigo; detrás Rugiero Maffei, algo más atrás José Kaivar á la derecha, Manuel Karuk á la izquierda.

Despues de haber subido las escaleras, y de haber recorrido dos lados de la magnífica galería sobre el patio, Elena abrió con un llavin una mampara, y se apartó para que pasase Barbarigo.

—No, hija mia, no, dijo el anciano; precédeme tú para anunciar la presencia del Estado á esos señores.

Elena pasó, y tras ella pasaron Barbarigo y Rugiero Maffei.

—Entrad vosotros tambien, mis buenos tártaros, dijo

Barbarigo deteniéndose y dirigiendo la palabra á Kaivar y á Karuk, que pasaron.

Entretanto Elena habia abierto una segunda mampara, y habia dicho al cardenal y al fraile agustino que habian salido cuidadosos á su encuentro:

—Señores, la inquisicion de Venecia os busca.

El cardenal romano y el agustino portugués se pusieron muy pálidos, y el terror no les dejó contestar una sola palabra.

En aquel momento entraron Barbarigo, Maffei, Kaivar y Karuk.

Barbarigo se volvió hácia un ostentoso altar que se veia al fondo de la cámara, cubierto de candeleros dorados con velas que aun no se habian encendido.

—¿Para qué se ha levantado aquel altar, monseñor? dijo Barbarigo al cardenal Montalto; espero que me respondais la verdad; porque no creo posible una mentira en la boca de un príncipe de la Iglesia.

—Decís bien, monseñor, contestó el cardenal Montalto; no oireis de mi boca más que palabras de verdad. Ese altar se ha levantado para celebrar delante de él el casamiento del rey de Portugal con vuestra hija la señora Estéfana Barbarigo.

Y el cardenal acentuó de una manera intencionada sus últimas palabras.

—¿Y no debia celebrarse otro casamiento delante de este altar? dijo Barbarigo.

—Sí, monseñor, contestó Montalto; el de la señora Elena Conti con el señor César Malatesta.

—¿Ignorabais que Gabriel de Espinosa está bajo la

proteccion y la vigilancia de Venecia? dijo severamente Barbarigo; ¿por qué no habeis dado conocimiento á la República y le habeis pedido permiso para celebrar ese casamiento?

—Yo no reconozco más autoridad que la autoridad del Papa, dijo el cardenal, y tengo órdenes terminantes de Su Santidad para celebrar por mí mismo ese casamiento.

—Pues bien, monseñor; Venecia no reconoce otra autoridad que la que proviene del Estado, y estamos en Venecia; por lo mismo, voy ha haceros oír el decreto cuyo ejecucion me ha cometido el Estado; leed, señor secretario.

Rugiero sacó de debajo de su ropon un grueso papel enrollado, y leyó con voz sonora y grave lo siguiente:

«El Consejo de los Diez, en nombre de la República de Venecia, á monseñor Giacomo Barbarigo, senador y miembro del mismo Consejo: sabed y ejecutad el siguiente nuestro decreto:

»Existiendo en Venecia secretamente aposentados en el palacio Conti el cardenal de la Santa Iglesia Romana monseñor Genaro de Montalto, y el religioso agustino portugués fray Miguel de los Santos, y no conviniendo al servicio de la República la permanencia de estos sujetos en Venecia, se lo comunicareis así por medio de un secretario de Estado, á quien vos acompañareis por honra á la alta dignidad y al sagrado carácter del uno y del otro; y notificado que les sea este decreto, les mandareis que sigan al secretario de Estado, que los condu-

cirá en una góndola con suficiente guardia, por honor á sus personas, al puerto, donde se embarcarán en la galera *Triunfante*, en la que los acompañará el mismo secretario y la misma guardia hasta los Estados romanos, dejándolos con todos los honores debidos á su dignidad, en el puerto de Civittavechia.

»De orden del Consejo de los Diez, el secretario de Estado, Rugiero Maffei.»

—Protesto con todas mis fuerzas en nombre del Soberano Pontífice por el agravio que en nuestras personas se le hace, dijo con altivez Genaro de Montalto, que habia perdido el miedo al ver que solo se trataba de echarle de Venecia, y que no habia nada de prision ni de calabozos de Estado.

—Protestad en buen hora; pero protestad desde Roma, dijo blandamente, aunque con firmeza, Barbarigo; por el momento solo os toca obedecer la suprema autoridad del Estado, sobre cuyo territorio os encontrais, como á mí el hacer que se cumpla lo que respecto á vos, monseñor, y á fray Miguel de los Santos, ha decretado el Consejo de los Diez.

—¿Y habeis vos hecho tambien, monseñor, ese decreto? dijo con sarcasmo Montalto.

—Naturalmente, monseñor, y de mí ha partido la iniciativa; como que yo soy el senador más viejo de los Diez, contestó sonriendo Barbarigo.

—¡Y habeis impedido el casamiento de vuestra hija con el noble rey don Sebastian!

—Ya lo veis, monseñor; no conviene á la República ese casamiento, que seria un reto imprudente al rey de

España, y porque no conviene á la República, me resigno á perder la gloria de ser padre de la reina de Portugal, contestó Barbarigo, dejando ver en su boca una sonrisa, en que habia tanto de grandeza como de desprecio.

—Estamos á vuestras órdenes, monseñor, dijo el cardenal de Montalto inclinándose dominado por la majestad que emanaba del anciano y noble senador.

—Sí, vais á partir al momento; es necesario, indispensable, que partais, dijo benevolamente Barbarigo; siento el disgusto que esta imperiosa medida, imperiosa por necesidad, os causa sin duda; pero Roma es tenaz é imprudente, y es forzoso precaverse de sus imprudencias. Nuestro Santísimo Padre Clemente VIII ha querido proteger tanto á Gabriel de Espinosa, ó al rey don Sebastian, que le ha perdido como le perdió Gregorio XIII, excitándole á su insensata expedicion al Africa. Venecia, antes de enviarle á recobrar su trono, le hubiera preparado el triunfo, un triunfo seguro; pero Venecia nada puede hacer ya, más que arrojar de sí á un huésped peligroso; Dios quiera que un dia próximo no tenga que arrepentirse el Papa de su impaciencia por suscitar obstáculos al rey de España, por una horrenda desgracia que casi puede decirse acontecerá al rey don Sebastian.

—Solo Dios sabe lo que ha de suceder, dijo el cardenal.

—Pero Dios ha dado al hombre la experiencia y la reflexion para que pueda precaverse de las desgracias. Adios, señores; rendid al Santo Padre el homenaje

que yo le hago, como á jefe de la Iglesia, á nombre del Estado.

—Adios, monseñor; yo rogaré al cielo para que nuestro Santísimo Padre pueda seguirse llamando amigo de Venecia.

Y el cardenal y el agustino siguieron á Rugiero Maffei, que se habia puesto en marcha á una señal de Barbarigo.

XI.

—Salgamos de aquí; no quiero ver ese altar, que me irrita; porque aparte de su santidad aviva en mí el sentimiento de una traicion y de una locura; Dios proteja á ese insensato.

Y Barbarigo siguió detrás de Elena.

Pero al llegar á un ángulo de la galería, Barbarigo se detuvo.

Por el fondo de aquella galería venia corriendo un hombre que traia una linterna encendida, y que debia ser un esbirro.

—Monseñor, dijo al ver á Barbarigo; acaba de acontecer una desgracia.

—Habla, le dijo el senador.

—El señor Rugiero Maffei, secretario del Consejo de los Diez, me mandó vigilar esta noche á un hombre que paseaba en la plaza de San Márcos.

—¿Le ha sucedido una desgracia á ese hombre? dijo roncamente Barbarigo.

—No, no señor, dijo el esbirro; pero ese hombre ha

dado de estocadas en los jardines de Apolo al señor César Malatesta.

Elena dió un grito horrible y escapó bajando apresuradamente las escaleras y lanzándose en el vestibulo.

Kaivar y Karuk la habian seguido.

Barbarigo murmuró:

—Es preciso, indispensable, que Gabriel de Espinosa salga al momento de Venecia.

Y en paso tranquilo siguió la galería adelante acompañado del esbirro, bajó las escaleras, y al llegar al vestibulo vió que Elena disputaba con los soldados que no la dejaban pasar.

—Vamos todos; yo voy con vosotros, dijo Barbarigo; que arrimen la góndola, y á los jardines de Apolo.